

# Resumen de prensa. Comentario de actualidad

Ramon Boixareu

No era fácil de prever el volumen de comentarios que iba a suscitar el referéndum del 12 de junio en Irlanda sobre el Tratado de Lisboa relativo a la reforma político-administrativa de la Unión Europea. Comentarios de todas las tendencias: de satisfacción, más o menos disimulada, en algunos casos, y de crítica, acompañada de profunda tristeza, casi de desolación, en otros. Pocos han sido los que han mantenido un tono sereno, objetivo o casi, y los que se pueden leer sin alterar el ánimo.

¿Cómo ofrecer una síntesis rápida de lo mucho que se ha escrito, en los últimos 15 días, en la prensa de todas partes sobre la cuestión? Ardua tarea, superior, sin duda, a la capacidad de un observador común.

Los medios, lo políticos y la burocracia europeístas reaccionaron con marcado desánimo ante el «no» irlandés, que no podían explicarse en modo alguno, ni, por supuesto, perdonar. ¿Cómo había podido un millón escaso de irlandeses interrumpir de este modo el proceso integrador europeo cuando el gobierno de su país, con los gobiernos de los 27 países miembros de la UE, había votado algunos meses atrás a favor del Tratado y cuando Irlanda es uno de los países que más se ha beneficiado de la condición de socio comunitario?

El vicepresidente del Parlamento Europeo, el austriaco J. Voggenhuber, se expresaba en estos términos: «Para la UE, el «no» significa una crisis que amenaza su misma existencia».

El Tratado de Lisboa estaba, y todavía está, destinado a modernizar las instituciones del bloque y a mejorar el sistema de adopción de decisiones después del acceso a la Unión, en 2004, de doce nuevos miembros, incluyendo a

diez antiguos países comunistas de la Europa central y oriental. El Tratado, firmado, como se dijo, por todos los líderes de los 27 países en diciembre último, debería en principio capacitar a la UE para representar un papel más eficaz en la política mundial, dotándose de un presidente permanente, de un jefe de política exterior con amplios poderes y de un servicio diplomático con todas las de la ley.

El Tratado también reforzaría el papel de la zona euro, el área que comparte la moneda única que integrarán 16 países en cuanto se incorpore a la misma Eslovaquia, el próximo enero. En este sentido, el Tratado de Lisboa quiere ser un paso más, aunque modesto, hacia el objetivo a largo plazo –compartido por Francia, Alemania, Italia, España y otros países– de crear una Europa más integrada sobre los fundamentos de la Unión Monetaria.

El «no» irlandés supone un fuerte golpe para esas ambiciones, toda vez que ningún tratado de la UE puede ser válido si no es ratificado por sus 27 países miembros. En principio, los 862.415 electores irlandeses que rechazaron el Tratado de Lisboa –menos del 0,2 por ciento de la población de la UE (497 millones) han paralizado de golpe el proceso integrador europeo. Así, Bernard Kouchner, ministro francés de Exteriores, declaró tres días antes del referéndum, que un “no” irlandés sería contemplado con «gigantesca incompreensión por el resto de la UE».

Superando sus múltiples dificultades presentes, *Le Monde* no ha dejado de ocuparse insistentemente de los problemas suscitados por el «no» irlandés. En un editorial publicado el 15-16 de junio, *Le Monde* preguntaba: «¿Qué pueden hacer los europeos? Después de una hipotética ratificación por veinte países, se podría presionar a los irlandeses y obligarles a volver a votar, esperando que, al

igual que en cierta ocasión anterior, revisaran su voto. O se podría separar a Dublín de la Unión. O seguir adelante aplicando los artículos del Tratado de Lisboa que no exigen una reforma. Ninguna de estas soluciones satisface. El «no» irlandés muestra que no es posible reformar la Unión si la regla de la unanimidad no es abandonada. Ahora bien, en la situación en la que el problema se encuentra, la unanimidad es necesaria.

Para salir de este círculo vicioso no hay más que una posibilidad: crear, paralelamente a la Unión Europea actual, una vanguardia compuesta por países dispuestos a aceptar la regla de la mayoría cualificada para profundizar en la integración. La idea no es nueva, pero no ha sido ensayada jamás y exige dirigentes convencidos de que la unidad europea es una ambición necesaria. Si ayudara a poner en marcha esta idea, el voto de los irlandeses sería finalmente una oportunidad (*chance*) para Europa».

El panorama no invita, pues, al optimismo, y han hecho bien los jefes de Estado y de Gobierno en tomarse unos meses de reflexión, dando largas a la cuestión con la esperanza de que el paso del tiempo permita mejorar el planteamiento actual y vislumbrar alguna salida airosa. Y es que, como decía un editorial del *Boston Globe*, que reprodujo el *Herald Tribune* de 17 de junio, los electores irlandeses no rechazaron la Unión Europea. «Dijeron “no” a un tipo de gobierno de la Unión de estructura centralizada, y también a la elite de la que surgió el Tratado». Se atacó, pues, lo que se ha llamado «déficit democrático» de la UE, y no debería sorprender que algún otro país que todavía no ha ratificado el Tratado se negara también a hacerlo.

Sin embargo, el caso es que el Tratado tiene muy buenos defensores, y no sólo, o no necesariamente, entre la «elite» a la que se refería el *Globe*. Así, el cristiodemócrata alemán, Hans-Gert Pottering, presidente del Parlamento europeo desde 2007, defendía en estos términos el Tratado (*Le Monde* de 17 de junio): «Me siento tan decepcionado porque este país [Irlanda] se ha beneficiado grandemente de su pertenencia a la Unión. Muchos de los argumentos en apoyo del “no” lo fueron fuera de contexto o de forma partidaria. Entre los que votaron en contra, unos, como Declan Ganley, ese hombre de negocios millonario convertido en abanderado del «no», han explicado que la libertad económica iba a verse dañada. Los sindicatos afirmaron que Europa no iba a ser lo suficientemente social. Algunos declararon que con el Tratado en vigor se facilitaría el aborto. Otros sostuvieron que el sistema fiscal irlandés se vería amenazado. Argumentos, pues, de todo tipo, lo más frecuentemente contradictorios. El «no» irlandés no puede ser la última palabra. Considero que el Tratado de Lisboa es indispensable para que Europa sea más democrática y más transparente».

Una figura de relieve en el mundo de los medios de comunicación, Wolfgang Münchau, por su parte, escribía en *FT* de 16 de junio: «Personalmente, creo que el “no” irlandés fue sorprendente (*shocking*), no por lo que pueda suponer para la UE sino por lo que supone para Irlanda. Irlanda es una de las grandes *success stories* de la Unión Europea. Dublín se ha convertido en una de las grandes capitales europeas. El “no” deja al país ante dos únicas alternativas: una es la humillante *U-turn*, consistente en un “sí” en un segundo referéndum sin que se produzca un cambio real de los condicionantes. La otra es que Irlanda podría perder su condición de país miembro de pleno derecho de la UE si el segundo referéndum conduce a otro “no”, con lo que los ciudadanos irlandeses retrocederían a la situación que conocieron muchos años atrás, en los *Dark Ages*, de los que salieron hace sólo algunas décadas [...]».

En pocas palabras, tiemblo al pensar cómo reaccionarán los inversores extranjeros ante el extraño “no”, teniendo en cuenta lo necesarios que le son a Irlanda para asegurar el mantenimiento de la prosperidad».

El «no» irlandés, sin embargo, encontró una buena acogida, que en algunos casos podría calificarse de entusiasta. Una de ellas fue la del famoso comentarista británico Samuel Brittan (*FT* de 20 de junio: *Why the Irish were right to say No*). Pero Brittan, como suele ser normal en él, se muestra sutil y a veces no del todo claro. «El “no” irlandés no es una derrota para Europa, ni siquiera para la Unión Europea. Es una derrota para cierta visión de la UE... En la medida en que los objetivos originales de la UE se han perdido en la niebla del tiempo, el objetivo de “más Europa” se ha convertido en el norte de políticos y de burócratas que se mueven con vistas a sus propios intereses, llegando a poner en manos de Bruselas decisiones que se adoptan en los estados de Norteamérica». Para Brittan, cualquier elemento que sirva para obstaculizar el objetivo verdaderamente integrador de Europa es bueno *per se*, sea el «no» irlandés o cualquier otro.

En Francia, podía esperarse, y se esperó, la reacción de un personaje que, en los últimos tiempos, sólo había salido en los grandes titulares con ocasión del referéndum francés sobre la reforma de la «Constitución» de la UE de marzo de 2005, que fue rechazada, como se recordará, con un histórico «no». Se trata de Jean-Pierre Chevènement, en la actualidad presidente de honor del Mouvement Républicain et Citoyen (MRC). Según Chevènement, simplemente, «el Tratado de Lisboa está hoy jurídicamente muerto».

Alguna sorpresa habrá ocasionado entre los lectores habituales de la revista, la contundencia de su conclusión

sobre el episodio del «no» irlandés al Tratado de Lisboa. *The Economist* (21 de junio), en efecto, en su portada, no puede ser más rotundo ni más breve: *Just bury it*, esto es, «lo único que cabe hacer con el Tratado es enterrarlo». *The Economist* dedicó al tema su editorial de cabecera y una de las páginas informativas. La conclusión de la revista es que «ya es hora de que se acepte que el tratado de Lisboa está muerto y que la UE puede seguir perfectamente sin él».

Para acabar con este poco optimista comentario, bueno puede ser que se recoja aquí una breve síntesis del editorial publicado en *Financial Times* de 19 de junio: *Time to focus on Europe's successes*. «Está claro desde el principio

que la gente de Irlanda, simplemente, no entendió el Tratado ni para qué debía servir. Los irlandeses son muy sensibles y saben que les han ido muy bien las cosas siendo miembros de la Unión. Pero muchos se sintieron confusos teniendo que votar por un documento ininteligible, de jerga legal y complicados arreglos de voto...».

Sea como fuere, ya es hora de que los líderes comunitarios salgan a la calle y vendan su *success story*. Lo mismo se puede decir sobre el euro y por las «cuatro libertades: libertad de movimientos de los ciudadanos, del capital, de las mercancías y los servicios». ¿Puede pedirse más?